

La Bauhaus

Un sueño muerto en la guerra

Daniel Rodríguez Angel (relatoria)
Universidad Distrital (Colombia)

Rubén Hernández Molina (guión)
Universidad Nacional de Colombia

Abstract

On the occasion of the celebration of the one hundred years of the Bauhaus, school of architecture, design, crafts and art, founded in 1919 by Walter Gropius in Weimar (Germany) after the end of the first world war, a timeless writing about the experience is made of a student of the same, from the second seat in Dessau in the building of the workshops between 1928 and 1939 when it has to go to the Second World War and the school had been closed by the Nazis.

Keywords: Bauhaus, Walter Gropius, Architecture. World War, Germany.



"¡Arquitectos, escultores, pintores, todos nosotros debemos regresar al trabajo manual! [...] ¡Establezcamos, por lo tanto, una nueva cofradía de artesanos, libres de esa arrogancia que divide a una clase de la otra y que busca erigir una barrera infranqueable entre los artesanos y los artistas! Anhelemos, concibamos y juntos construyamos el nuevo edificio del futuro, que dará cabida a todo —a la arquitectura, a la escultura y a la pintura— en una sola entidad y que se alzará al cielo desde las manos de un millón de artesanos, símbolo cristalino de una nueva fe que ya llega. "
Walter Gropius

Fig.1. Pasillo interno del edificio de los talleres de la Bauhaus Dessau en Alemania. Fuente: Ricardo Santa Cruz, 2008.

No podía dormir. Di vueltas y vueltas en la cama entre tanto escuchaba la respiración profunda de mis compañeros, el gorjeo de las aguas del río, las sacudidas de las hojas de los árboles y el silbido del viento que golpeaba contra el techo y la estructura del edificio. Me puse de pie y caminé hasta la cocina a fin de beber un vaso con agua. En uno de los pasillos que desembocaban en el taller de cerámica lo encontré divagando, abstraído. Me miró. Todos decían que después de la guerra su mirada había cambiado. Yo creo que luego de la guerra lo primero que cambió en él fue su alma y por lo tanto su forma de contemplar al mundo y en aquel momento una suerte de velo encubría la esperanza que alguna vez habitó en su corazón. Le saludé con la timidez que fecunda el respeto. Era el director de la escuela y un reconocido arquitecto. Me devolvió el saludo de manera amistosa como solía hacer con todos los estudiantes y luego me preguntó clavando en mí aquellos ojos adormilados y melancólicos:

—¿Qué haces a esta hora despierto?

—No podía dormir —respondí sin lograr ocultar mi timidez.

—¿Te preocupa algo? —Volvió a preguntar, esta vez sonriendo.

—No maestro.

—Lo mejor será que regreses a la cama e intentes descansar. Recuerda, las entregas inician la semana que viene.

No me dijo nada más, así que di media vuelta y sin haber llegado a la cocina y sin haber bebido el vaso con agua regresé a la habitación en la que todos mis compañeros seguían durmiendo y me acosté.

El resto de la noche, como era de esperarse, la pasé en vela pensando en la vida de aquel profesor al que la fama lo perseguía, al que tantas personas criticaron y juzgaron y al que tantas otras, la gran mayoría, admiraban. Corrían tiempos de una extraña calma, quizás más tensos que calmos y un aire de guerra y violencia agitaban las banderas del joven partido Nacional Socialista que en cabeza de un hombre venido a menos, llamado Adolf Hitler, inundaba la cabeza de todos los alemanes con sus discursos sobre la raza aria y sobre el súper hombre.

Seguramente deberé ir a la guerra, pensé, como mi maestro, pero todo lo que había aprendido en aquel momento era impracticable en el campo de batalla. La academia y en especial el arte, lo único que habían hecho de mí, era fundamentar una humanidad más sensible, más cercana a la condición de los seres humanos, de comprender la función del arte como un ente vivo que daba existencia a los hombres, a la representación de ellos mismos y de la vida como el gremio de seres humanos que buscaban un bien común y que por lo tanto necesitaban del arte como una herramienta para embellecer sus días, su trasegar por la vida, para ennoblecer su camino hasta la muerte. Por eso admiraba tanto a mi maestro, el hombre que por medio de su escuela logró unir a la artesanía y al arte por la misma senda de la educación y de la función para la sociedad, algo que en aquel momento resultaba extraño y hasta impracticable debido a la necesidad de producción que necesitaban, de la mano de obra rústica, sin sensibilidad y mucho menos creatividad.

A la mañana siguiente, muy temprano, antes que ninguno de mis compañeros se hubiese despertado aún, me encaminé de nuevo hasta la cocina donde por fin bebí mi vaso con agua. Me detuve en una ventana que daba al exterior y contemplé extasiado el cielo de madrugada de Desseau, las nubes blancas que corrían desesperadas en medio de una carretera demasiado azul, los árboles agrestes que custodiaban el edificio, los campos sembrados por las manos de mis compañeros y por las mías propias y escuché el canto de las aves que retozaban sobre las ramas de aquellos árboles, el fluir de las aguas del río y el sonido del tren que arribaba a las 5:30 todos los días a la estación cercana.

Deseé ser aquel aire invisible, libre y puro que circundaba el mundo que habitaba, deseé ser una línea en el universo, el rastro de una estrella fugaz que hubiese sido capaz de emanar la belleza más profunda que cualquier ser vivo hubiese visto.

Salí del edificio y aspiré fuerte y profundo aquel aire. Contemplé la edificación, con sus grandes paredes blancas de diseño sencillo, “la forma busca la función”, como lo diría uno de mis maestros, construida únicamente para la educación de los nuevos artistas y artesanos de la famosa escuela de La Bauhause, escuela que por esos días corría un imperioso peligro de ser cerrada debido a las ideas del Nazismo.

Ingresé de nuevo al edificio y me detuve en uno de los pasillos que desembocaban en el taller de metalurgia. Había allí, pendiendo de una puntilla una fotografía de los antiguos maestros, quienes iniciaron en Weimar. La fotografía quizás era de julio de 1919 cuando se celebró la primera exposición (interna y privada) de los estudiantes de la escuela y en ella aparece el extraño maestro suizo Johannes Itten, un místico que practicaba el Mazdaznan, religión que concebía a la vida como si esta fuese un campo de batalla donde el mal y el bien disputan constantemente, sin embargo el bien está representado por la poderosa fuerza del espíritu de Ahura Mazda, de quien habló Zaratustra. Esta religión alcanzó a tener algunos seguidores en la escuela gracias al maestro y a las ideas que de ella ponía en práctica en su sistema educativo, pues según Itten todos somos innatamente creativos y su doctrina proporcionaba la llave para abrir el talento natural de cada uno. Itten también fue el creador del Vorkus o curso preliminar, el que consistía en una serie de ejercicios para liberar la creatividad de los estudiantes.

El otro maestro que aparece en la fotografía es Gerhard Marcks reconocido escultor y famoso por sus alargadas, elegantes y esbeltas esculturas góticas y sus grabados medievalizantes. Marcks fue muy importante porque era uno de los pocos artistas en el momento que tenía gran experiencia en el trabajo industrial, tal como lo deseaba Gropius por lo tanto fue nombrado como maestro de forma del taller de cerámica.

Otro de los maestros de la fotografía era el dibujante y creador de cómics Feininger quien estuvo hasta los últimos días de la escuela y quien dirigió el taller y la imprenta gráfica de manera formidable.

Salí de la abstracción de la fotografía cuando escuché que mis compañeros se empezaban a levantar y la mayoría se dirigían al baño. Hice lo mismo y en menos de media hora ya me encontraba desayunando una tarta y un café. Me dirigí luego hasta el taller de cerámica ya que contaba con el tiempo suficiente para terminar mi entrega, además en la noche debería hacer unos dibujos y como tenía ciertas facultades para el dibujo, decidí empezar con lo que más se me complicaba, que era la artesanía y el trabajo en el taller. Recuerdo con claridad aquel día ya que mientras estaba tallando una figura geométrica alargada que sugería una forma animal, me golpeé con el mazo en dos dedos de mi mano derecha. El problema sobrevino en la noche cuando no pude ni siquiera tomar el lápiz para hacer los dibujos de mi entrega.

En ocasiones me cansaba de la vida en la escuela, sobre todo por el trabajo manual para el cual no era muy ágil, sin embargo recordaba las palabras del director Gropius, su propuesta social del arte, el concepto que manejaba del trabajo estético y de la oportunidad que deben tener todos los seres humanos de innovar, de crear a partir de sus capacidades. Por aquellos días salía a caminar ya fuera por los pasillos superpuestos de la escuela o por sus alrededores para oler el aroma que emanaban los almendros cuando apenas estábamos entrando en el otoño, en otras noches seguía recorriendo los largos halles pensando en el futuro que llevaría la escuela si el Nazismo adquiriría el poder

absoluto de la nación, por lo que ya corrían rumores que la sede principal de la escuela debería pasar a Berlín y me preguntaba entonces ¿qué haríamos nosotros, los artistas alemanes, si el gobierno nos solicitara, o más bien nos obligara a construir herramientas para la guerra, herramientas para acabar con los otros seres humanos, a fin de no cerrar nuestra escuela?, y no me sabía responder nada, porque el arte lo único que puede otorgar a la humanidad o a otro ser humano es más vida, no muerte.



Fig.2. Kandinsky, Gropius y Oud (desde la izquierda) en la oficina del director de la Bauhaus, 1923.

El artista -situado en la izquierda es el pintor ruso Wassily Kandinsky (1866 – 1944); y los arquitectos son -en la derecha- el holandés J.J.P. Oud (1890-1963) y -en el centro- el alemán Walter Gropius (1883 -1969).

Artistas relacionados con la escuela de arte y arquitectura Bauhaus: Gropius había sido el fundador, Kandinsky era profesor, y Oud, en aquella época, publicó numerosas obras en las revistas que editaba la propia Escuela.

Fuente: kunstgeschichte-ejournal.net. Credit line: Collection Centre Canadien d'Architecture/ Canadian Centre for Architecture, Montréal

De los maestros de la escuela también recuerdo a Paul Klee, —quien por lo demás, hacía parte de los cuatro azules, como eran denominados estos maestros, junto con Kandinsky, Lyonel Feining y Jawlensky— el maravilloso pintor que guardaba con antelación todas las lecciones de sus clases en cuadernos de tapas azules y que daba largas clases teóricas que complementaba con el trabajo de dibujo y pintura de sus estudiantes. El otro maestro fue Wassily Kandinsky quien tras huir de la persecución de la Unión Soviética contra el arte contemporáneo ruso, buscó a su amigo Gropius al que había conocido años antes en la guerra y se fue hasta Weimar a implementar su método de enseñanza en dibujo analítico y en teoría del color y la forma, haciendo estudios científicos sobre la temperatura de los colores.

Con semejantes maestros quién sería capaz de rehusarse a aprender a manejar el color o las formas, especialmente en hallar en la simpleza de las formas, la mayor funcionalidad para el uso humano. Por eso, cuando recordaba a todos los antiguos maestros, cuando reflexionaba en todo lo que habían tenido que afrontar para llegar a fundar la escuela que fue la Bauhause, sentía orgullo y admiración por ellos, sentía que tenía que sacar fuerzas de donde no las tuviese para seguir adelante y ser uno de los mejores representantes de la educación que había recibido con tanto amor por el arte.

Los días y las semanas siguientes estuvieron inmersos en horas de trabajo infatigable. Debo reconocer que uno de los sucesos que me dio más valía para terminar mis cuatro años de estudios en La Bauhause fue el hecho de conocer en ella a mi amada Marie. Una rubia nacida allí mismo, en Dessau y por quien todos los hombres de la escuela sentían demasiada simpatía. Marie estaba inscrita en el taller de teatro y era una de sus mejores bailarinas y como yo era un gran dibujante y como estaba enamorado de ella, me inscribí para hacer las escenografías de las obras que representaban. Todos los días empecé a levantarme más temprano tan sólo para poder estar a su lado en los talleres o en las clases o simplemente para que algún día decidiera trabajar conmigo y así fue, desde el segundo año de la escuela que empezamos a trabajar juntos, nunca jamás dejamos de hacerlo. Y era tanto el amor que llegué a sentir por ella, que sólo por ella fui el mejor de los estudiantes, para que ella se sintiese orgullosa de mí.

Esta fue otra de las cosas que me enamoraron de La Bauhause, y es que en varias etapas, sobre todo en Weimar, había más mujeres que hombres en sus talleres y en sus clases, quizás porque los hombres se encontraban demasiado ocupados en hacer la guerra o en construir automóviles o armas para asesinar a otros seres humanos o en conseguir dinero para así conseguir más bienes materiales que lentamente mataban sus almas, pero las mujeres poseían un espíritu mucho más sensible y sus manos eran más delicadas para desarrollar los trabajos en los talleres, por lo que los resultados de sus tareas eran obras delicadas, refinadas y perfectamente terminadas.

Aquel curso lo terminé con honores y el mismo director junto con los demás maestros, coincidieron en que yo iba a ser uno de los mejores exponentes del arte y las artesanías enseñadas en la Bauhause. Me sentía satisfecho, además por la relación con Marie, que cada día tomaba más fuerza y hasta habíamos llegado a hablar de casarnos.

Por Marie, Gropius y el grupo restante de maestros, comprendí el real significado del trabajo mancomunado, del esfuerzo grupal por llevar los proyectos a buen puerto, de eliminar las distinciones de clase y la arrogancia que se crean entre un artesano y un artista, si los dos trabajan por el bien de la humanidad. La gran mayoría de los estudiantes de la escuela no éramos personas venidas de familias que tuviesen dinero, más bien éramos de estratos medios que querían salir adelante, llevando como escudo el arte y la artesanía. En la escuela reflexioné sobre el valor de la

creación humana, la cual no sirve de nada sino tiene una intención o una función de mejorar a la sociedad.

No obstante y a pesar de todo lo bello que suele otorgarnos la vida y más aún cuando nos sacrificamos por lo que amamos, existe una ley inalienable de la naturaleza y es que todo se acaba y así como se acabarán los árboles y se acabarán los veranos y los ríos empezarán a secarse y las generaciones de hombres y mujeres se irán muriendo una detrás de otra hasta que no quede ni el rastro más exangüe se su paso por la tierra —quizás sólo el arte y lo que hizo con sus propias manos—, la escuela sucumbió a los problemas políticos del país.

Lo peor de todo fue la persecución a la que se vieron sometidos muchos de los maestros, el exilio de la gran mayoría y por supuesto el reclutamiento de sus estudiantes. Yo fui reclutado. Lloré, di empellones, injurié hasta el cansancio, pero si no me unía a las nuevas fuerzas alemanas me matarían y de paso a mi familia. Abandoné a Marie en Berlín y todas las noches, mientras los convoyes enemigos se acercan y mientras nuestros aviones de caza pasan sobrevolando por el cielo neblinoso a causa de la pólvora, pienso en ella, en sus ojos azules y profundos que se ocultan tras el velo de la noche, en las caminatas que debemos llevar los soldados pertenecientes a la caballería por las montañas escarpadas o por los valles infinitos de mi país, recuerdo sus largas piernas danzando y moviéndose tan fluidamente como lo hacen las aguas de los ríos en los que nos detenemos para abreviar.

No he asesinado a un sólo hombre, o eso es lo que quiero creer. Cuando debo disparar pienso en las balas como si fueran líneas de una pintura de mi maestro Klee, cuando un amigo cae muerto o herido a mis pies veo diseminarse su sangre por los campos como si fuera la pincelada brusca y gruesa de una pintura de mi maestro Kandinsky, cuando el fusil de percusión expulsa la humareda, pienso en el polvo que expulsaba la talladora de madera. Pero de inmediato regreso a mi cruda realidad y recuerdo que estoy inmerso en medio de una guerra que no inicié, una guerra insensata y así como los disparos que debo dar o mis amigos muertos o las humaredas de mi fusil me sugieren estar construyendo algo en las aulas de mi escuela, sé bien que aquí en la guerra no estamos construyendo nada, porque un país, una nación o cualquier sueño no puede nacer a partir del dolor de los otros, de concebir a quienes hablan otras lenguas o piensan distinto como nuestros enemigos, de la ausencia de las familias, de las mujeres amadas, sólo el amor, el arte, lo que podemos concebir con nuestros sueños y construir con nuestras manos, son y serán el génesis de un futuro mejor para nuestra humanidad.